

LA PORFÍA DEL LABERINTO

Ara Antón



LA PORFÍA DEL LABERINTO

LA PORFÍA DEL LABERINTO

Ara Antón

Ediciones Leonesas S.A.

Dirección editorial:
Vicente Pastor

© AraAntón

© Edilesa, 2011

Camino Cuesta Luzar, s/ n - 24010 Trobajo del Camino. León
(España)

Teléfono: 987 800 905 - Fax 987 840 028

www.edilesa.es

e-mail: ediles@edilesa.es

I.S.B.N.: 978848012734*?

Depósito Legal: *?

Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Ley de Propiedad Intelectual y artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A las madres,
tenaces y seguros
hilos de Ariadna.

PROEMIO

Parece que todos traemos al nacer una determinada imagen de nosotros mismos. Pocas veces la realidad nos permite adecuar-nos a ella. La convivencia en sociedad exige una serie de *máscaras* –personalidades– que, aun surgiendo de nuestra psique, no son exactamente nosotros o, lo que es más grave, ahogan por completo esa realización o misión que creemos tener encomendada. Si estas fantasías, fruto del espíritu –como asegura Jung–, no se desarrollan, se provoca una *personalización*. Un algo desconocido toma posesión de la mente atormentada y se produce la neurosis. En palabras de Carlos Castilla del Pino: *El delirio salva del sufrimiento de la realidad y la aceptación de sí*

mismo.

No es necesario llegar al extremo patológico, pero todos tenemos la experiencia de lo que significa la renuncia.

Mircea Eliade opina que para paliar éstas y otras angustias surgen los simbolismos iniciáticos; ritos que pretenden conjurar el mal que nos amenaza desde un lugar oscuro de nosotros mismos y de los que no vamos a medir el valor real, sino, simplemente, a tomar conciencia de su influencia en la psique. Es el caso del laberinto como representación del miedo y la desorientación del ser humano, que intenta racionalizar el caos, buscando en el Centro una respuesta que le ofrezca la salida.

El laberinto es un espacio simbólico que, delimitado y protegido, aun a sabiendas de su dificultad, puede conducirnos al Centro salvador, a la búsqueda espiritual que desea la integración en el Universo o en el Espíritu de la Creación de los neoplatónicos, superando así la Caída. Al propio tiempo, el camino nos llevará al conocimiento de nuestro verdadero yo y a la consumación de esa misión que sentimos y deseamos.

Pero el laberinto defiende su Centro. Los

antiguos solían colocarlo ante ciudades, santuarios, tumbas... Cerraba el paso a espíritus o demonios, e incluso a la muerte. Su emplazamiento coincidía con corrientes magnéticas o telúricas, estando ahora más que probado que cualquier cuerpo en movimiento en sus campos de influencia adquiere determinadas propiedades. El espacio sagrado que guarda, junto con la inmortalidad, la realidad absoluta, está reservado para aquellos que han sido iniciados; nadie no llamado podrá acceder a él.

No obstante, todos nos sentimos empujados hacia la entrada. Hasta llegamos a pensar que tenemos derecho a cruzarla y, a pesar de las dificultades que entraña su tránsito, al igual que Teseo, una vez dominados los obstáculos, alcanzar nuestro empeño. ¿O no?

Ara Antón

...
y marchan, expulsados de todas las viviendas,
como muertos extraños, dando vueltas de noche

...

Rainer María Rilke

...Alguien que justifique mi propia existencia...

Enmanuel Kant

LA ERGÁSTULA

I

Miró a su alrededor sin comprender por qué estaba
Men en aquel sitio. Lo encontraba vagamente familiar,
pero no acertaba a situarlo. Permaneció sentada. Sus ma-
nos descansaban a ambos lados del cuerpo, sobre una fría
piedra, pero apenas le llegaba el conocimiento a través
del tacto. Se miró los pies, quietos y juntos en medio de
un charquito embarrado. Los sacó del agua sin pensar; no
porque le molestara, sino porque allá, dentro de sí misma,
supo que aquella no era la posición idónea. Alzó los ojos
y los paseó en torno. Le costaba percibir lo que veía; había
de detenerse algunos segundos sobre cada cosa para iden-
tificarla. Después de una minuciosa inspección, dedujo que
se hallaba en un cementerio y que era el final de la tarde.
Sólo entonces comenzó a sentir ligeramente el frío de la
piedra o la humedad de los pies. Se levantó y contempló
la lápida. “Familia Lancia”, consiguió leer cuando reconoció
que aquellos extraños signos eran letras. “Familia Lancia”,
se repitió varias veces. Pero, al no poder explicar por qué
los sonidos le resultaban familiares, volvió la espalda al se-
pulcro y siguió indagando sin demasiado interés.

El lugar estaba vacío. “Bueno, quizá no sea esa la expresi-
ón -discurrió con dificultad su cabeza-. Hay flores, árbo-
les, tumbas...” Caminó, contemplando ángeles, vírgenes y
cristos, obras de dudoso arte, quedándose en lo transitorio

e ignorando completamente su parte inmutable, con la misma frialdad en la mirada que las propias estatuas. Vio las negras verjas de la entrada y, sin pensarlo, se llegó hasta ellas. Las empujó, pero eran demasiado pesadas para moverlas o estaban cerradas porque no cedieron en absoluto. No le importó. Volvió sobre sus pasos y se internó de nuevo en los silenciosos senderos.

Al poco desembocó en una especie de plaza rodeada de aligustre. Cuatro bancos, colocados equidistantes, invitaban al descanso. Se sentó cara al sol poniente y lo vio deslizarse desganado tras los últimos árboles del recinto. Las tonalidades rojizas del cielo, el prudente cuchicheo de las hojas, el cántico de los insectos y el ajetreado planeo de los pájaros que, temiendo la noche, buscaban refugio, la dejaron indiferente.

Las sombras crecieron a su alrededor con rapidez. “¿Qué hago aquí?” Se preguntó por fin, cuando la luna, oculta a ratos detrás de los cipreses, dio luz a las tumbas, recordándoles su renacimiento. ¿Qué hago aquí?, se repitió, sintiendo en el astro, ella también, la muerte como reposo y fuente de regeneración. “Nada”, contestó rauda y, por segundos, sabia. Poco a poco, su visión se fue haciendo más aguda y dejó de verlo todo en penumbra. Percibía los objetos como si fuera de día. Sólo si no prestaba atención la rodeaba la oscuridad e insinuantes sombras, que en otro momento la habrían amilanado porque siempre pensó que todo, hasta lo imposible, podría ocurrir. En ese momento le daba igual.

De pronto, los vio. Allí, enfrente, a pocos pasos del banco que ocupaba, un viejo y un niño, apenas visibles en la umbría, la observaban inexpresivos. Los ojeó a su vez sin

mucho interés, aunque vagamente molesta por su descaro. Decidió increparlos para que se fueran, pero luego pensó que tal vez ellos supieran por qué estaba en aquel sitio y, aunque tampoco le importaba demasiado, creyó que debía informarse; tal vez así, ofreciendo datos a su raciocinio, éste regresara y volviera a procesar de una forma normal.

-¿Quiénes sois? -consiguió balbucir con trabajo, cosa que la sorprendió desagradablemente. Los dos intrusos se miraron y asintieron.

-Otra nueva -afirmó el pequeño, soltándose del anciano para acercarse. Cuando se paró ante ella, contemplándola impasible, la mujer estudió su indumentaria. Anticuada y sucia, le pareció, y sus rizos rubios en desorden y manchados de tierra y hojas podridas. Los rasgos infantiles estaban desdibujados por el color verdoso de la piel y las negras ojeras que hundían su mirada, visible sólo por los extraños chispazos que parecía emitir.

-Estás muerta, rica -le espetó el crío, con una media sonrisa de huecos que nunca se llenaron.

-¿Qué dices, enano? -creyó enfadarse ella.

-Lo que oyes... Si es que ya oyes -reflexionó como para sí su interlocutor.

-¿Qué cuenta este enano? -se repitió la mujer, encarándose con el viejo.

-Que estás muerta -contestó éste, lacónico, desde las sombras del seto.

Ella se levantó y volvió a sentarse. No porque buscara postura, simplemente por hacer tiempo; por no quedarse parada mientras trataba de asimilar la realidad de su estado.

-¿Estoy muerta? -articuló, sintiendo que la lengua se le trababa con los dientes.

-¡Qué sí, pesada! -gritó casi iracundo *el niño*, sufriendo

en sus rasgos una extraña metamorfosis, que hizo que los destellos de sus ojos se convirtieran en relámpagos y que sus caninos se alargaran de forma desmesurada-. Y además de muerta, parece tonta –farfulló, volviéndose al anciano, con un ligero tinte de asombro en la voz-. Nunca vi a nadie que tardara tanto en darse cuenta -dio unos pasos, separándose de la mujer.

-Espera -le contuvo ésta, como si temiera que se fuese-. Es cierto que debo de ser tonta porque no comprendo qué hago aquí ni lo que me estás diciendo.

-Explícaselo, *abuelo* -dijo el crío, alejándose con movimientos de marioneta hasta el extremo opuesto de la plaza, como si tamaña estupidez fuera demasiado para él.

-Es que no sé cómo hacerlo para que me entienda -cabeceó el anciano-. La frontera entre pasado y futuro y entre vida y muerte suele ser borrosa. No hay expresiones más claras. Esto es la muerte, amiga -se esforzó-. Todos estamos muertos, *el niño* y yo mismo y ahora tú también. Te puede resultar difícil entenderlo porque a medida que crecemos en nuestro cerebro se inhibe el desarrollo de aquellas facultades que ya no serán necesarias para vivir, y claro, esto es... otra cosa. Quizá, también, tardas tanto en asimilarlo porque cuando moriste no estabas preparada. Acaso haya sido un accidente, o... un suicidio... Entonces cuesta adaptarse porque toda vida ha de llegar hasta el final para agotar sus posibilidades, ya que cada uno de nosotros, junto con nuestro tiempo y espacio, somos el centro del universo.

-Suicidio... -reflexionó-. Sí, un suicidio. ¡Estaba tan cansada...! -casi se disculpó la mujer, al notar el movimiento reprobador en la boca del anciano. Aunque enseguida alzó la barbilla. ¿Quién era aquel presuntuoso para atreverse a juzgar algo que desconocía? ¿Por qué todas las cosas han

de parecerse? La amplitud de espíritu debería oponerse al formalismo. Cuando entendió que todo era igual, no encontró nuevas palabras para nombrar el horror y éste la venció. ¿Debería, quizá, haberse acomodado, por no alterar las reglas?

Empezó a recordar. Sí. Había tomado la decisión de morir porque ya no podía más. Quería liberarse para siempre de la angustia que le impedía respirar. Ahora estaba tranquila; no sentía dolor ni miedo. En realidad no sentía nada. Para darse cuenta de que la noche era muy fría debía prestarle toda su atención, si no, la temperatura no la afectaba en absoluto.

“Bien, ya me he librado de aquello. ¿Y ahora qué?” Quiso enlazar aquella situación con otras que hubiera ya experimentado, para lograr compararla con sus esquemas, los cuales, a pesar de sus dificultades mentales, sabía que seguían ahí, dirigiendo sus actos.

-Pues ahora -habló el anciano, adelantándose a su pregunta- a esperar a que llegue tu hora y a ver si tienes suerte y encuentras El Camino y consigues confundirte con lo Infinito.

-¿El... Camino? ¿Lo Infinito? Y ¿si no?

-A vagar como nosotros y muchos miles más que en el momento de su deceso no estaban dispuestos o no lo aceptaron por una u otra causa. Al menos eso es lo que hemos deducido, pues no parece haber reglas de tiempo ni razones objetivas que expliquen las diferencias. En realidad hemos tratado de compensar la ignorancia con una creación que nos mantenga.

La mujer se contempló las manos; eran las de siempre.

¿Aquellos seres no le estarían mintiendo? Tal vez quisieran gastarle una broma. Pero no. Todo era muy raro. Ella misma parecía otra. Sí, seguramente era verdad; estaba muerta. Bien. Se encontraba estupendamente. Un poco más idiota de lo habitual, pero en paz. Con una indiferencia que la libraba de emociones, las cuales no hacían sino cargarla con el peso del dolor. El aspecto de los dos seres le habría causado terror en otro tiempo. Sin embargo, hoy, nada, indiferencia, desinterés. Además, se daba cuenta de que, poco a poco, iba sintiéndose más dueña de sí misma. Conocía y hablaba con mayor soltura; el embotamiento del primer momento estaba cediendo. Creyó entender que su ocupación, a partir de ese momento, sería buscar la infinitud, fuera de la realidad.

Vio alejarse a sus interlocutores y no los detuvo. ¿Para qué? No necesitaba nada ni a nadie. Cerró un instante los ojos y cuando los abrió se encontró en otra parte.

No le costó demasiado reconocer el lugar. Era la habitación de un hospital. Había cuatro camas. Alrededor de una de ellas, médicos y enfermeras tropezaban por el escaso espacio, afanándose con movimientos que querían ser expertos y precisos, pero que a un observador le dejarían más bien la impresión de inútiles e inoperantes. Desde la puerta contempló la escena, por lo visto de una gran tensión porque todo el mundo se apresuraba, menos las enfermas que ocupaban los otros lechos y que aparentaban haber olvidado sus padecimientos, aterradas por la urgencia del personal sanitario, a quien no podían dejar de mirar, fascinadas, adivinando su inmediato futuro. Habían abandonado ya la persistente idea, que siempre las había acompañado, de

estar destinadas a ser mucho más de lo que eran. Ahora, su mente se ocupaba únicamente en imaginar una experiencia similar a la que contemplaban y un nudo interno de doloroso espanto les deshacía las entrañas.

La mujer se acercó al corro que luchaba por la vida y ojeó el motivo de sus afanes. Dio un respingo, retirándose enseguida. Quizá no había visto bien... Se aproximó de nuevo y, efectivamente, la paciente, que como su nombre indica, soportaba sin chistar la introducción de tubos, agujas y hasta descargas eléctricas en cada centímetro de piel, era ella misma. Hinchada, grisácea, ojerosa y despeinada, pero la Celia de siempre, la de toda la vida que tuvo que sobrellevar a pesar de su vientre destrozado por el embarazo, sus comisuras tristes y sus dientes mal empastados. Allí estaba, como una gran muñeca rota, manejada por niños caprichosos.

-Dejadla ya -dijo un galeno de movimientos de patriarca, quitándose los guantes y arrojándolos con gesto displicente a un cubo-. No podemos recuperarla. Al fin y al cabo, ella lo ha querido así.

En silencio, los demás integrantes de la clase privilegiada, con la mente en sus propios asuntos, comenzaron a recoger tubos, agujas, mascarillas y, sin una mirada a la mujer muerta, salieron de la habitación, empujando carritos y cargando recipientes inútiles. Detrás dejaban un objeto, algo sin importancia, ya no era un ser humano, si es que para ellos lo había sido alguna vez.

Durante unos largos minutos, sólo las tres enfermas siguieron con los ojos, a los que los dolores habían robado el alma, fijos en Celia, sintiendo de nuevo sus males y agonizando en el pecho todas las muertes habidas y las que aún no estaban pensadas. La otra Celia, la de ahora, no entendía

muy bien qué estaba pasando, pero no le importaba. Vio a una mujer derrotada y a otra indiferente. Se quedó con la segunda y, dando media vuelta, salió al pasillo.

Allí mismo, a dos pasos de la habitación, el imponente doctor hablaba, queriendo parecer profesional, pero quedándose en desdeñoso, frío y pedante, a un grupo de personas que lloraba. La mujer los miró unos instantes. Le resultaban vagamente conocidos, pero no quiso rebuscar en sus recuerdos. Debía marcharse; aquel era un sitio deprimente. Nunca le habían gustado los hospitales. Aunque, por extraño que pudiera parecer, cuando estuvo ingresada, al principio, experimentó un cierto descanso al pensar que ya no era ella la única responsable de su salud.

Luego, al ver la escasa atención que le prestaban, las complejas medicaciones y las peligrosas pruebas a que la sometían, la indiferencia absoluta al valor de los sentimientos, el empecinamiento en la búsqueda de lo tangible, el desprecio a su humanidad y, por supuesto a su espiritualidad, deseó irse.

No podía ya creerse que poseyera control sobre su vida, así que quiso tenerlo, al menos sobre sus padecimientos, puesto que no podía descansarlos en nadie. Supo que los dolores, sean de la clase que sean, no pueden apoyarse en otro, pues cuando las angustias del alma se agudizan, sólo los que las padecen las entienden y soportan. Hace falta mucho amor para respaldar sin comprender, por no haber experimentado. El misterio nos desazona, de modo que todos buscamos ignorarlo. Y el hecho del sufrimiento humano es uno de los más grandes arcanos, de los muchos que nos rodean. Buscó la huída, empapada en aflicción y congoja. Sin seguridad, aturdida, confusa, perdida...

Ahora, el lugar no la afectaba en absoluto pero, por si

acaso, saldría de allí. Anduvo por los pasillos, preguntándose qué camino tomar. Fue incapaz de imaginarse un sitio que le resultara agradable. Se encontraba un poco desorientada, aunque, al cruzar el umbral del edificio, reconoció el aparcamiento, que siempre estaba lleno. Lo había visitado tantas veces...

Evocó el cementerio y el panteón que rezaba “Familia Lancia”. Deseó estar allí e, instantáneamente, se vio sobre la losa.

Desconocía el porqué de su querencia, pero no lo cuestionó. Tornó a mirar las letras talladas en la piedra y murmuró una y otra vez el nombre escrito. “No me acuerdo... ¡Bah! Es igual...”

Algunas siluetas se movían alrededor. Al fijarse, distinguió mujeres y hombres entre las tumbas. Las sombras de los cipreses y las cruces los hacían aparecer y desaparecer como en un silencioso ballet. Cerca de ella, en un imponente túmulo de mármol negro y letras plateadas, una *joven*, que sostenía un envoltorio en brazos, la miraba indiferente desde la oscuridad. Celia la contempló a su vez. “Debe de ser un bebé recién nacido, por lo que abulta...”

-¿Me dejas ver a tu hijo? -aventuró, no porque lo deseara, por probar su voz de nuevo.

-Bueno -se encogió de hombros la otra, descubriendo la carita del niño, dormido al parecer.

-Es guapo -se obligó a opinar.

-Sí -contestó su vecina.

-¿Estáis muertos también? -demandó Celia, admirándose del timbre oscuro y lejano de sus palabras.

-Sí -repitió *la joven*.

-¿Cómo ocurrió? -quiso saber porque conoció que no era normal morir tan pronto.

-Fue en el parto -explicó la mujer, volviendo a cubrir al crío-. Un error médico -aclaró con indiferencia-. A mi marido le informaron de que me había fallado el corazón o no sé qué gaitas parecidas, y él, por supuesto, lo creyó.

-¿Y al niño? ¿También a él le falló el corazón? -siguió Celia, ligeramente interesada.

-No. Lo que pasó en realidad fue que alargaron innecesariamente el parto y... morimos. Y... ¿tú? -se creyó obligada a preguntar *la joven*, viendo a Celia pendiente de sus palabras.

-Pues... yo... -dudó ella- creo que me suicidé. Aunque -se apresuró a hacer la aclaración, al notar una ligera mueca de disgusto en su interlocutora- no estoy muy segura. “¿Por qué estos imbéciles juzgan negativamente el suicidio? ¿Nunca habrán tenido problemas de los que hacen destilar las entrañas en un deseo de huida? ¿O no les habrán faltado cuentos que contarse...? A ella ya no le quedaban. Las sorpresas se habían convertido en costumbres. El dolor debió de volverla sabia porque la inmortalidad dejó de seducirla. Tal vez -quiso disculparlos- su reacción responda a un mandato universal; pero cada individuo debería tener su ley de vida, ¿o no?”

-No recuerdo nada y no sé si deseo hacerlo... -concluyó.

-Sí -afirmó la otra, con gesto de experta-. Al principio suele pasar -y, colocando al bebé en diferente postura sin ninguna delicadeza o ternura, se paseó arriba y abajo por el sendero. Sus torpes movimientos hacían temer su caída de un momento a otro.